

Jóvenes y ciencias sociales: rediscutir el papel de las universidades¹

*Young People and Social Sciences: To Discuss Again
the Function of Universities*

Néstor García Canclini

(Universidad Autónoma Metropolitana de México)²

RESUMEN

El artículo pone en cuestión el lugar que ocupan las universidades en la sociedad actual, cuyo orden se transforma a gran velocidad y está intrínsecamente ligado al desarrollo tecnológico. Sin ser el hogar exclusivo de la cultura, la universidad resulta, en medio del actual tsunami de privatizaciones, uno de los últimos hogares de lo público. No un simple refugio de la autonomía sino un lugar abierto a la reflexión y al conocimiento crítico de lo que significa vivir juntos.

Palabras clave: universidades; sociedad; formación; desarrollo tecnológico; reflexión; conocimiento compartido.

ABSTRACT

This article questions the role played by universities in today's society, whose order is transformed at great speed and is intrinsically linked to technological development. Without being the exclusive home of culture, the university is, in the midst of the current tsunami of privatizations, one of the last homes of the public. Not a simple refuge of autonomy but a place open to reflection and critical knowledge of what it means to live together.

Keywords: universities; society; training; technologic development; reflection; shared knowledge.

¹ Texto elaborado a partir de la conferencia magistral dictada en el VIII Encuentro Nacional y V Latinoamericano “La Universidad como objeto de investigación”, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina, 5 de mayo de 2017.

² Profesor Distinguido de la Universidad Autónoma Metropolitana e Investigador Emérito del Sistema Nacional de Investigadores de México.

En el debate actual sobre las universidades opinan los economistas, los sociólogos de la educación, a veces los profesores y, por supuesto, los gobiernos y los organismos internacionales. Aquí deseo repensar los dilemas actuales de las instituciones de educación superior desde las perspectivas de los estudiantes. Más aún: de las necesidades de los actuales jóvenes.

Ministros de educación o ciencia y técnica cuestionan en varios países si gran parte de lo que se estudia en las universidades –las ciencias sociales, las humanidades, los estudios medievales, las artes– justifica el dinero que se gasta en ellas. Muchas empresas desconfían de los diplomas de las universidades públicas, prefieren a los egresados de universidades privadas o simples institutos tecnológicos donde se aprende a aplicar conocimientos importados. Pero quizá más radical es la sospecha de los jóvenes acerca de si los conocimientos obtenidos en las universidades les permitirán conseguir trabajo.

Estas percepciones aparecen en recientes estudios, pero no parecen reorientar los presupuestos con que se afronta históricamente el vínculo universidad-sociedad-desarrollo. Por ejemplo, el Informe de *Educación Superior en Iberoamérica de 2016*, elaborado por autores de 21 países y el Centro Interuniversitario de Desarrollo, con sede en Chile, destacó la *masificación y universalización* que cuestionan la organización elitista tradicional del sistema universitario: en 1970 había en la región 1.9 millones de estudiantes en 75 universidades; en 2016 alrededor de 22 millones de personas acceden al sistema de educación terciaria, formado por 4.220 universidades, de las cuales dos de cada tres son privadas. Se suman otras instituciones de educación terciaria, en parte técnicas o de entrenamiento profesional, que elevan el número a 10.869 organismos. Como señala José Joaquín Brunner, coordinador de dicho Informe, esta proliferación implica una ruptura con el modelo de las universidades como centros de excelencia y hogar de la alta cultura para orientarse ahora a funciones de entrenamiento técnico y profesional (Brunner).

Un segundo rasgo del cambio es que la masificación viene ocurriendo, como vemos en las estadísticas, en gran parte por iniciativas privadas. Ese giro llevó a un predominio de la docencia

sobre la investigación. En Iberoamérica existen 86 universidades cuyos investigadores han publicado más de 3.000 artículos científicos en el último lustro y un segundo grupo de 92 *universidades con investigación*, que en el mismo lapso produjeron de 200 a 600 trabajos científicos por año. En cambio, 2.600 universidades de la región son únicamente docentes y no registran en ese período ningún artículo científico.

Otros temas que ocupan al Informe de 2016 son las condiciones de trabajo de los profesores, la formación de capital humano avanzado, el financiamiento de la educación superior entendido como gasto, la relación entre gestión y participación en el gobierno de las universidades y los mecanismos para asegurar la calidad.

Sin embargo, este Informe, como la mayor parte de la bibliografía, dice poco de cómo son y actúan estos millones de jóvenes incorporados en pocas décadas a instituciones de educación superior. Existen algunas investigaciones antropológicas y sociopedagógicas que dan densidad a los datos cuantitativos al descubrir qué significa el acceso a la universidad en la vida cotidiana de las nuevas generaciones, los usos intensivos de tecnologías digitales, cómo se organizan los jóvenes para obtener información, estudiar y aprender colaborativamente, cómo articulan la lectura en papel y en pantallas. La Declaración de la Conferencia Regional de Educación Superior en América Latina y el Caribe en 2008 redefinió a la educación como derecho humano y bien público, trazó principios para asumir este crecimiento de la matrícula universitaria en relación con la diversidad cultural, con los pobres, los indígenas y los afrodescendientes, los migrantes y refugiados, concibiendo la currícula y las tareas de la educación con sentido intercultural para “atender de modo eficiente” los “intereses y vocaciones particulares” presentes en nuestras sociedades.

Quiero partir de la hipótesis de que, solo uniendo las estadísticas con estos saberes cualitativos sobre el desempeño de los estudiantes y los jóvenes, se hacen visibles algunas paradojas de las universidades. Veamos dos ejemplos:

- a) ¿Cómo se combinan el hecho de que en las décadas en que las universidades se deselitizaron crezca el desempleo juvenil, baje la participación de los jóvenes en la distribución de la riqueza y se agrave su precariedad?

- b) ¿Cuál es el vínculo entre la desregulación de los mercados, la precarización laboral de los jóvenes y el tipo de formación que reciben en las universidades?

Ensayemos algunas respuestas:

- a) Ya en 2008 un estudio de la CEPAL sobre América Latina mostraba las siguientes paradojas:

La juventud goza de más educación y menos acceso a empleo que la población adulta. Ostenta más años de escolaridad formal que las generaciones precedentes, pero al mismo tiempo duplica o triplica el índice de desempleo respecto de aquéllos. En otras palabras, están más incorporados a procesos consagrados de adquisición de conocimientos y formación de capital humano, pero más excluidos de los espacios en que dicho capital humano se ejerce, a saber, el mundo laboral y la fuente de ingresos para el bienestar propio (Hopenhayn 53).

En 2010 la Organización Iberoamericana de la Juventud reveló que en América Latina “los jóvenes son el sector más vulnerable a los trabajos irregulares, con el sueldo más castigado”: en México, Colombia, Ecuador, Panamá y Perú, mientras el 50.3% de los adultos tiene empleos informales, en los jóvenes de 15 a 29 años el porcentaje sube a 82.4% (Calderón 6).

¿Qué consecuencias tienes esta posición inequitativa de los jóvenes? El Banco Mundial señaló en enero de 2016, en su estudio *Ninis en América Latina*, que existen más de 20 millones de jóvenes que ni estudian ni trabajan en nuestra región. Dos tercios de los ninis son mujeres, lo cual acentúa la disparidad de género. Pero son los hombres quienes más incrementaron el número de ninis en las últimas dos décadas. Predominan los que desertan de la escuela antes de terminar el bachillerato y no consiguen emplearse en el sector formal.

A propósito de los nexos entre desregulación, precarización laboral y formación de los jóvenes, el citado estudio del Banco Mundial recomienda incrementar la edad de escolarización obligatoria, las becas, la creación de escuelas de tiempo completo y la construcción de condiciones socioeconómicas y de calidad educativa a fin de retener a los jóvenes y capacitarlos para una mejor inserción laboral. Pero estos consejos del Banco Mundial chocan con la tendencia a desregularizar y desestabilizar los

trabajos, así como a reforzar los lugares subordinados de los países dependientes, como exportadores de materias primas y productores de manufacturas con bajo valor agregado.

¿Formar profesionales o emprendedores?

Para afrontar estas contradicciones potenciando la calificación educativa y los nuevos recursos tecnológicos, organismos nacionales e internacionales, como la UNCTAD, el PNUD y la UNESCO, apuestan por promover los emprendimientos autogestionados para generar empleos e impulsan a los gobiernos a otorgar créditos, préstamos y estímulos a fin de auspiciar el desarrollo independiente de los llamados *trendsetter so techsetters*. Sin embargo, en varios estudios, por ejemplo los de Pierre Michel Menger en Francia, de Jaron Rowan en España y las investigaciones que venimos haciendo en España y México (Cruces, García Canclini, Urteaga, 2012), percibimos discrepancias entre la valoración de la creatividad si se la mira desde la perspectiva hegemónica o desde la experiencia de los trabajadores creativos: donde los economistas ven mayor libertad de los emprendedores gracias al autoempleo, los sociólogos y antropólogos hallamos precariedad y la ansiosa autoexplotación de trabajadores que no saben cuánto va a durar lo que hoy hacen y cuál va a ser su próxima ocupación; donde los empresarios y gobernantes encuentran emoción e intensidad en el uso del tiempo de los trabajadores independientes, su vida diaria revela pérdida de derechos laborales, nuevas discriminaciones de género y étnicas.

Sin duda, el creciente movimiento internacional de emprendedores jóvenes exhibe aspectos positivos. La etnografía de estos sectores muestra las tácticas con las que se acomodan a trabajos inestables, combinan recursos públicos y privados, formales e informales, su agrupamiento en redes novedosas para desarrollarse. Son cosmopolitas, muy versátiles para desempeñarse en oficios diversos, usan intensamente los recursos digitales para cooperar anudando comunidades nacionales e internacionales donde algunos consiguen trabajos y expanden sus productos. Por eso, se asocia el emprendedurismo con las ciudades creativas o *start-up*, por ejemplo Los Ángeles, San Francisco y otros núcleos muy dinámicos en el Silicon Valley, Londres, Berlín y otros.

Tanto los estudios etnográficos en estas ciudades como en algunas latinoamericanas describen vidas creativas y precarias: deben estar disponibles todo el tiempo y completar los ingresos como innovadores tecnológicos, artistas o músicos con lo que pueden obtener en otras tareas. El egresado de una escuela de arte como diseñador se desempeña seis meses como fotógrafo, luego hace escenografía para una película, durante tres meses está sin trabajo y después se asocia con técnicos de Internet para crear aplicaciones. Tener varios perfiles profesionales y aprender a trabajar con especialistas en campos diferentes es indispensable en los mercados creativos efímeros.

En el universo seleccionado en la Ciudad de México, quisimos conocer cómo financiaban sus prácticas creativas. Hallamos que de los 175 encuestados solo 19% mencionó que la producción de arte es su único ingreso (García Canclini y Piedras, 2013). El trabajo creativo se complementa con actividades docentes, de difusión cultural o administración. En Francia, esta dedicación parcial y discontinua al trabajo creador les ha dado el nombre de “intermitentes” (Menger).

Un rasgo de estos jóvenes es *la organización de la vida en proyectos y el desvanecimiento de la noción de carrera*. Pasamos de una sociedad en la que se podía hacer carrera a otra en la que escasean las plazas laborales y, cuando se consiguen, son casi siempre trabajos temporales inseguros. Los jóvenes declaran estar acostumbrados a organizarse en proyectos de corta y media duración:

–¿Cómo te ves dentro de 10 o 15 años?

–No tengo ni idea. No lo pienso mucho. Cada semana hay una neblina y no puedo ver qué va a pasar. No me interesa hacer planes a futuro porque no tengo aspiraciones generales (Gerber y Pinochet).

Me decía una artista visual que trabaja a veces como productora cultural y otras como diseñadora digital:

Entre la licenciatura y la maestría estudié 9 años. Sé inglés y francés, y soy capaz de desempeñarme en distintos oficios. Pero no encuentro trabajo que dure: di cursos, y hago trabajos con contratos temporales, y entre uno y otro puedo quedarme tres meses sin ganar nada. No puedo esperar que me den un préstamo para comprar un auto ni que me den licencia si quedo embarazada.

La desigualdad existente en las generaciones mayores se agrava para los jóvenes, aun para los más calificados. La precarización laboral generalizada, tanto en las empresas como en los contratos de gobiernos, y la escasez de oportunidades, acercan a los jóvenes desempleados de los sectores populares y a los que sus familias pudieron dar una educación superior pero están compelidos a moverse en condiciones de trabajo inestables. Esta percepción incierta sobre el futuro aparece en las encuestas a estudiantes acerca de sus expectativas de empleo: ya en un estudio realizado en México hace más de una década, solo una cuarta parte de alumnos universitarios estimaba que tenía altas posibilidades de encontrar trabajo en su propia área formativa (Garay).

Los jóvenes estudiantes, como los que no lo son, sufren el desacuerdo entre lo que se les ofrece en la producción y en el consumo. Las recientes tecnologías, al dar acceso a mayor número de bienes culturales, facilitan reducir la desigualdad en el disfrute de textos, músicas y videos. Pero la agencia social y cultural, ampliada por los dispositivos tecnológicos, es desperdiciada por un sistema que agudiza las diferencias entre los pocos integrados o reciclados de modo inestable, y, por otra parte, las mayorías desprotegidas, impulsadas a la incertidumbre, la desafiliación y a obtener como sea lo que se les niega. No obstante, advertimos que muchos jóvenes, al usar los recursos de creatividad y conexión en redes con sus compañeros de edad, esbozan salidas esperanzadas, nuevas formas comunitarias y redes de solidaridad de quienes persisten en buscar cohesión y supervivencia en medio de la precariedad. Si hay nuevas tareas con las que las universidades pueden incidir, deben concebirse no solo como capacitadores actualizados en los usos tecnológicos requeridos por la innovación, sino también como formadores en esta cultura de la creatividad y la colaboración en redes de los jóvenes. Se ha dicho que en la universidad los jóvenes deben aprender a “aprender y aprender a emprender” (Garay 14).

La importancia de estos desafíos de la condición juvenil incita a replantear los criterios de evaluación habituales en los rankings de universidades. Como dice Louise Simpson, Directora de The World 100 Reputation Network, además del volumen e impacto de las investigaciones y publicaciones, deben incluirse “la satisfacción de los estudiantes” y la “empleabilidad de los graduados” (Oliver 16).

Es lógico que los estudiantes esperen que la universidad no solo los eduque para desempeñarse como médicos, abogados, sociólogos, veterinarios o diseñadores, sino que les dé conocimientos “estratégicos”, aprendizajes experienciales para actuar en la incertidumbre, diseñar proyectos y tomar decisiones (Camilioni 12). Sabemos que no solo las experiencias de aprendizaje sino el razonamiento crítico y creativo se obtienen también fuera de los programas de educación formal. ¿De qué modo las universidades pueden capacitar para actividades posteriores en las que las universidades ya no son utilizadas?

Algunos autores, convencidos de que la eficacia de las universidades debe medirse por sus logros al formar profesionales e investigadores, las subestiman por haberse convertido en “agencias de socialización” (Brunner 138) o “estaciones de servicio para el público en general” (Flexus, citado por Brunner). Es posible que estas imágenes nos hagan evocar a los estudiantes sentados en la cafetería o usando sus computadoras en los jardines del campus. ¿Estamos seguros de que no están aprendiendo mientras escuchan música o googlean temas extracurriculares, o se transmiten información que les hace valorar con una perspectiva distinta de los profesores la pertinencia de los saberes que les transmiten en relación con las dificultades para conseguir empleo?

Educación, lectura en papel y en pantalla

Quiero contar cómo nos ha llevado a repensar las relaciones entre aprendizajes, competencias laborales y sociabilidad la investigación que hicimos, también en las ciudades de México y Madrid, entre 2013 y 2015. Partimos de dudas sobre las encuestas acerca de una de las actividades clave en la vida universitaria –la lectura en papel y en pantallas–. ¿Será cierto que se lee tan poco como dicen las encuestas? ¿Sustituirán las pantallas a los libros? Vimos que la mayoría de las encuestas se ocupa de la lectura en papel y tratan de valorarla midiendo cuántos libros, revistas y periódicos leyó cada persona por semana, por mes o por año. Así se llega a la conclusión de que, en promedio, los mexicanos leerían 2.9 libros año, que el 40% de la población no lee periódicos y 48% no lee revistas. ¿Qué significa ese 2.9? ¿Leyó el libro completo? ¿Usó y de qué manera los contenidos apprehendidos?

La encuesta nacional de México sobre lectura, coincidiendo con las de Argentina, Brasil y otros países, registra que de 2006 a 2012 el uso de Internet se duplicó: en México subió de 24 a 43% de la población. Entre las siete principales razones por las cuales los mexicanos lo emplean están el correo electrónico, buscar información y estudiar, todas formas de leer. Sin embargo, sigue atribuyéndose la caída de la lectura (de libros) a las tecnologías de información y comunicación. Se reincide en el error de pensar la historia de la cultura como sustitución de unas tecnologías por otras, en vez de interrogarse por su coexistencia.

En Argentina la Encuesta Nacional de Hábitos de Lectura efectuada en 2011 avanzó respecto de anteriores al explorar lo que se lee en pantalla e identificar dos tipos de lectores: no digitales y digitales. Al reconocer ese tipo de lectura se extendió notoriamente la cifra de practicantes: leían al menos 15 minutos por día un 90% de los argentinos. Pero no nos dicen cómo ni cuánto se lee en pantallas ni cómo ha cambiado la manera de hacerlo al ampliar esta práctica cuando se ejercita en ordenadores, móviles o iPads. También llama la atención que estas encuestas siguen organizadas según un esquema binario de motivaciones para leer –¿por obligación o por placer?– sin dar ocasión de registrar comportamientos complejos en los que se articulan ambos estímulos.

¿Cómo incorporar a la vida universitaria lo que ahora entendemos por leer y diferencias de sentido de la lectura en distintas profesiones? Del mismo modo en que fue descomponiéndose la idea enciclopédica de la universidad como hogar de la “cultura general”, leer ya no significa lo que implicó hasta la mitad del siglo XX, en las primeras etapas de la industrialización. Estudiantes de carreras técnicas o superiores, ejecutivos de empresas y dirigentes políticos no son “lectores” en ese sentido moderno. En palabras de Anne Marie Chartier:

Saben leer y escribir muy bien ya que trabajan durante toda la jornada con pantallas y teclados pero se burlan de las faltas de ortografía, se expresan con una jerga profesional comprensible solamente para iniciados, leen poco los diarios, no compran novelas salvo policiales, leen historietas, revistas de deportes, pero no leen literatura (Brito y Finocchio).

En las profesiones de ingenieros, juristas, técnicos, comerciantes, políticos, periodistas se trata todo el tiempo con información escrita, se hacen cálculos, se consultan bases de datos, se

envían correos y se redactan informes. Pero no se recurre a los libros de historia o geografía para conocer datos que están en Google o Google Earth. Las simulaciones en 3D permiten visualizar procesos físicos o químicos, así como lo que sucede o sucederá en una ciudad intervenida por nuevas construcciones.

Esta etapa distinta en la adquisición del saber y en su uso no implica que se lea menos, sino que se accede a la información en nuevas presentaciones del conocimiento. Teniendo en cuenta las imbricaciones entre conocimientos técnicos y otros saberes sociales e históricos necesarios para utilizarlos responsablemente, ¿cómo puede la universidad generar para cada disciplina los aprendizajes cognitivos que ayuden a reflexionar críticamente el sentido de sus especialidades? Volveré a esta pregunta, pero quiero avanzar una primera indicación del sentido en que puede ocurrir esta integración de saberes en relación con la necesidad de los jóvenes de acomodarse entre trabajos inestables, organizar su vida en proyectos que aprovechan empleos temporales y asociarse flexiblemente con otros. No es extraño, por eso, que cada vez se *lea más por proyectos*. En vez de elegir qué y para qué leer de acuerdo con los cánones escolares o de la alta cultura, los jóvenes van leyendo según necesidades coyunturales: para cursar una materia, postularse para obtener una beca o financiamiento para un trabajo o para comunicarse con amigos. Estas motivaciones variables corresponden –y en parte explican– el aumento de las lecturas breves, discontinuas, más próximas al *zapping* televisivo o digital que a las prácticas lectoras lineales, de textos completos, valoradas por la formación escolar. Como dijeron algunos productores culturales (escritores, artistas visuales, creadores en medios), pueden ser más productivas lecturas “de muchos principios y pocos finales”. El ordenador y los móviles contribuyen a este estilo en el que los soportes para leer son usados como centros de operaciones para múltiples tareas: se concentran no sólo los textos y materiales de diversa índole, sino también las herramientas para gestionarlo. “Tienes 17 ventanas en la computadora, 3 libros abiertos, una llamada telefónica, la música sonando y el gato entrando... y te acostumbras: ya no es ruido sino lo cotidiano” –explica una entrevistada (Gerber y Pinochet Cobos).

Leer (con otros) para ser competente

En vez de medir la *lectura*, estudios recientes proponen observar cómo se adquieren y ejercen las *competencias lectoras*. Al incluir en los modos de leer los soportes electrónicos, hay que redefinir la noción de textos y de los procesos mentales que los lectores necesitan para abordarlos. La pregunta inicial no es cuánto se lee, sino cómo se ejerce la “competencia lectora”, que no consiste en memorizar conocimientos sino en adquirir destrezas para localizar, seleccionar o interpretar la información. Estas competencias son necesarias en muchos trabajos y también para obtener servicios de salud, ser ciudadanos activos y movilizar a otros, formar parte de comunidades virtuales y presenciales.

En las movilizaciones sociales y políticas la habilidad y rapidez para comunicar acontecimientos y convocar a manifestarse –en las redes y en marchas urbanas– se ha vuelto un recurso clave para extender la participación ciudadana en países con formaciones culturales tan diversas como Argentina, China, Egipto, España, Estados Unidos y México. La potencia de estas acciones no sustituye la difusión y la argumentación en la prensa y los medios audiovisuales ni las demandas o protestas presenciales en plazas y calles. Se complementan y, al hallar alternativas menos controladas en las redes digitales, relativizan la manipulación informativa de la televisión y los diarios en los que predominan intereses corporativos. Se hallan opciones frente a la vigilancia de las cámaras y los servidores que usan nuestros datos para influir nuestras conductas.

Estoy destacando el sentido sociable de la lectura, no una actividad solitaria sino que sucede en vínculos con otros. La concepción individualista del consumo, relativizada en los estudios de marketing, persiste al analizar el acto de leer. Se dirigen a individuos las preguntas de las encuestas y de las campañas para promover la lectura. En la universidad, aunque los profesores no propicien el trabajo grupal, los estudiantes suelen reunirse y establecer redes de intercambio y colaboración.

Universidades, racionalidad y sentido social

Las diferencias que hallamos entre las encuestas sobre jóvenes o sobre lectura y los resultados de las etnografías nos hacen dudar

de los indicadores puramente numéricos. ¿Qué es lo que se puede medir del consumo, del acceso a las redes digitales, y qué dimensiones de las conductas o de los sujetos requieren otras vías de exploración? Se trata de un problema de investigación, pero nos lleva a una cuestión más precisa: qué vuelve necesaria a la universidad en la vida social y cuáles son sus aportes al desarrollo del sentido colectivo. ¿Hasta dónde es posible valorar la productividad social y la eficacia académica de las universidades solo basándonos en datos cuantitativos?

La visión tecnófila del trabajo académico suele ir asociada al neoliberalismo económico y tiende a convertir la educación superior en un servicio comercial. Existe una correspondencia entre la ilusión de que se puede entender cuantitativamente lo que sucede en la lectura, en los comportamientos económicos o políticos, y la incapacidad de valorar el significado social de la educación, porque solo se la piensa como optimización de la eficacia técnica. De ahí, por ejemplo, que se incentiven carreras biotecnológicas sin valorar los efectos de la robotización sobre el desempleo y la precarización social. Este predominio de los robots y los algoritmos está adquiriendo una relación compleja con procesos sociales de colaboración.

No es posible percibir esta complejidad social e intercultural si se reducen nuestros diferentes modos de pensar y sentir, de producir, consumir y tomar decisiones, a los objetivos de estandarización algorítmica. Las variaciones entre culturas, y entre sujetos dentro de cada cultura, estarían perdiendo importancia en la medida en que las distintas lógicas sociales se traduzcan en códigos genéticos y electrónicos. ¿Qué les sucede a los trabajadores que sufren la desaparición de oficios y profesiones, a las sociedades que ya están viviendo no solo en el trabajo sino en la reorganización del consumo, los accesos y toda la vida social esta “robotización”? Las personas serían, en esta concepción, “colecciones de mecanismos bioquímicos que están constantemente supervisadas y guiadas por una red de algoritmos electrónicos” (Harari 361).

Una consecuencia sociopolítica es que relativiza el protagonismo dado en la Modernidad a los Estados nación y en general a los sujetos territoriales. Exige dar en las investigaciones y en las políticas fuerte atención a las entidades anónimas que acceden a nuestras comunicaciones, saben más que nosotros de cómo

interactuamos a escala local, nacional y global, cómo se distribuye la información y se oculta. Establecen sistemas mundializados de comportamientos e iniciativas para modificarlos, generan nuevos modos de soberanía, que experimentamos al usar Google, Yahoo o Waze. Estamos hablando de sujetos que ya no se ubican en territorios singulares, con distribución de la información y nuevas estructuras de la soberanía: estamos implicando a varias ciencias sociales –sociología política, antropología, comunicación y filosofía de los sujetos–, lo cual requiere trabajos colaborativos de los científicos sociales y las humanidades.

Quiero detenerme, como ejemplo, en lo que puede hacer la antropología en esta nueva escena. La primera inclinación de los antropólogos, probablemente, sea buscar diferencias culturales y subjetivas no captadas por las bases de datos, qué interacciones presenciales se mantienen indescifrables para los algoritmos y por lo tanto seguirán necesitando etnografías cualitativas. Pero hay más. En este mundo posliberal, en el que las decisiones individuales se desvanecerán, dice Harari, “algunas personas seguirán siendo a la vez indispensables e indescifrables, pero constituirán una élite reducida y privilegiada” (318). Una forma más de elitización del saber que no beneficiará mayoritariamente a los jóvenes.

Esta nueva inequidad y su promoción por una derecha que se apropia privilegiadamente de los saberes es incitante para ciencias sociales que no ven su campo solo en la organización de la sociedad, sino en la diferencia y la desigualdad, en las conexiones y también en las desconexiones, que incorporan a su horizonte conjuntamente el papel emancipador de las redes sociodigitales y la fuerza de sumisión de la hipervigilancia que las acompaña.

Nuestro entrenamiento como antropólogos puede habilitarnos para captar lo que en la nueva racionalidad tecnosocial hay, en palabras de Harari, de “religión de los datos”, la búsqueda –más allá del Homo Sapiens– de un Homo Deus. Esta religión emergente, el “dataísmo”, supone que las distintas culturas son pautas diversas de flujo de datos que pueden analizarse utilizando los mismos conceptos y herramientas (Harari parte III). Como los humanos somos incapaces de abarcar flujos tan inmensos de datos, la tarea es encomendada a algoritmos electrónicos. ¿Conserva algún sentido distinguir entre lo público y lo privado,

sistemas democráticos y autoritarios, cuando la mayoría de los votantes no conoce suficiente biología y cibernética para formarse opiniones pertinentes? Tampoco los gobernantes, pendientes de las encuestas y algoritmos, son capaces de resolver o dirigir los conflictos. ¿Entonces la libertad de información no se concede a los humanos sino a la libertad de información?, pregunta Harari. Quizá estemos en una extraña transferencia del poder: así como los capitalistas lo asignaban a la mano invisible del mercado, los dataístas creen en la mano invisible del flujo de datos. Como en la crítica a ese pretendido poder abstracto y sabio del mercado –en el que aprendimos a descubrir logos y, detrás de los logos, fuerzas sociales que se disimulan– la antropología atenta a la diversidad de experiencias y puede detectar ahora que la vida no se reduce a procesar datos y tomar decisiones cuantitativas.

Mientras se trata de apaciguar estos desafíos inciertos de la interculturalidad con la sociometría y la biotecnología, la geopolítica internacional se ha convertido en una interdependencia de miedos. Los otros lejanos con los que incrementamos el comercio, el turismo y los intercambios académicos, de los que tomamos músicas y recursos médicos para ampliar nuestro horizonte cultural, se presentan como referentes amenazantes. Los intercambios están cargados de sospechas. Junto con la interdependencia crecen los nacionalismos y los etnicismos, los intentos separatistas de regiones y la destrucción bélica de los diferentes. Pero al mismo tiempo avanzan múltiples programas de docencia e investigación sobre la interculturalidad, centrados en las poblaciones indígenas y afrodescendientes, cuyos aportes, especialmente mediante la colaboración entre instituciones interculturales de educación superior y comunidades, están modificando la política de desarrollo de unas cuantas universidades (Mato).

Me parece que esta breve descripción de las tareas que sobrepasan los juegos algorítmicos muestra papeles a imaginar de las ciencias sociales y humanidades en las decisiones actuales y futuras.

No se trata de regresar a ningún subjetivismo o a la ilusión de una conciencia descondicionada y por eso libre de las exigencias de objetividad irrenunciables en el trabajo científico. Se trata de las opciones que se multiplican al aprehender y usar las

estructuras captadas por los algoritmos. Las desigualdades, contradicciones e incoherencias de nuestras sociedades no autorizan –en esta época en que tantas estructuras caducan– la ingenuidad de creer que el pasaje de los viejos órdenes a otros sucede sin intervenciones de actores privilegiados, que los mercados materiales y simbólicos se autorregulan.

En la disputa entre el papel y las pantallas, entre editores de libros, productores audiovisuales y servidores digitales, los conflictos tienden a neutralizarse, no a resolverse, mediante la fusión de estos actores en corporaciones gigantes que devoran o ahogan a las independientes, las que tratan de representar lo distinto. En el proceso de robotización y concentración económica que anula derechos y seguridad social, la precariedad de las nuevas generaciones parece no importar a las élites que reparten la acumulación y la escasez. Se están tomando decisiones que no son mero efecto de una lógica de mercado al excluir de los hospitales a quienes no pueden pagar, del acceso a la banda ancha o a Internet a quienes no pueden pagarlos, de muchas universidades a los que no garantizan la expansión lucrativa de esas instituciones.

Ya no creemos que la universidad es el hogar exclusivo de la cultura, porque hemos aprendido que la cultura se hace también en las comunidades indígenas y en los barrios, en los medios, redes y videojuegos, en otras muchas escenas y movimientos donde se busca el sentido. Quizá podamos sostener que la universidad es, en medio del tsunami de privatizaciones, uno de los últimos hogares de lo público. No el único, porque también se cuida lo público en los hospitales donde aún muchos hacen prevalecer el cuidado y el conocimiento de la vida, en los medios y redes donde nuevas formas de convivir se mezclan.

Podemos imaginar la universidad, las universidades públicas, no como simple refugio de la autonomía sino como este hogar abierto a la reflexión y la promoción de lo público, al conocimiento crítico de lo que significa vivir juntos.

Bibliografía

Brito, Andrea y Finocchio, Silvia. “(Enseñar a) leer y escribir, en presente y a futuro”. Entrevista a Anne Marie Chartier. *Revista Propuesta Educativa*, n.º. 32, 2009.

Brunner, José-Joaquín. “La idea de universidad en tiempos de masificación”. *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, n.º. 7, vol. III, 2012.

Brunner, José-Joaquín (coord.). *Educación Superior en Iberoamérica, Informe 2016*. Santiago de Chile, RIL editores y Centro Interuniversitario de Desarrollo (CINDA), 2016.

Camilloni, Alicia, Gustavo Menéndez y otros. *Integración, docencia y extensión, Otra forma de aprender y de enseñar*. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2013.

Calderón, Verónica. “La juventud perdida de Latinoamérica” en *El País*, viernes 13 de agosto de 2010, p. 6.

Conferencia Regional de Educación Superior, *Declaración final de la Conferencia Regional de Educación Superior en América Latina y el Caribe*, 2008.

De Garay, Adrián y Gabriela del Valle-Díaz-Muñoz. “Una mirada a la presencia de las mujeres en la educación superior en México”. *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, n.º. 6, vol. III, 2012.

De Garay, Adrián. *Mis estudios y propuestas sobre los jóvenes universitarios mexicanos*. México, Colección idea Latinoamericana, 2012.

De Hoyos, Rafael; Rogers, Halsey y Székely, Miguel. *Ninis en América Latina: 20 millones de jóvenes en busca de oportunidades*. Washington D.C, Banco Mundial, 2016.

García Canclini, Néstor; Cruces, Francisco y Urteaga, Maritza. *Jóvenes, Culturas Urbanas y Redes Digitales*. Madrid, Ariel/UAM/Fundación Telefónica, 2012.

García Canclini, Néstor y Ernesto Piedras. *Jóvenes creativos. Estrategias y redes culturales*. México, Juan Pablos Editor-Universidad Autónoma Metropolitana, 2006.

Gerber, Verónica y Carla Pinochet Cobos. “Modos de ser lector: cómo leen los que escriben textos e imágenes”, en N. García Canclini y otros, *Hacia una antropología de los lectores*. Madrid-México, Ariel/UAM/ Fundación Telefónica, 2015.

Harari, Yuval Noah. *Homo Deus, breve historia del mañana*. Barcelona, Penguin Random House, 2016.

Hopenhayn, Martín. “Inclusión y exclusión social en la juventud latinoamericana”. *Pensamiento Iberoamericano. Inclusión y ciudadanía: perspectivas de la juventud en Iberoamérica*, n.º. 3, 2ª época, 2008.

Mato, Daniel (coord.). *Educación superior y pueblos indígenas en América latina*. Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2015.

McRobbie, Angela. *Be Creative: Making a Living in the New Culture Industries*. Cambridge, Polity Press, 2015.

Recibido: 31 de octubre de 2018. Revisado: 22 de diciembre de 2018.
Publicado: 31 de enero de 2019. *Revista Letral*, n.º 21, 2019, pp. 48-64.
ISSN 1989-3302.

DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/RL.voi21.8102>